

¡oh maldición! la sangre que manaba de la herida la ha inutilizado...—¡Perdidos... perdidos; no hay salvación!

Los lobos mientras se van acercando, los van rodeando sin atreverse á atacar, pero sin dejarles huida por ningún lado. La nieve, manchada con sangre del herido, ablandada por las pisadas de los dos desgraciados, se va hundiendo... hundiendo, y ellos van sumergiéndose en ella cada vez más aterrorizados; el pobre Sebastián, desvanecido por la pérdida de sangre, clama con horrible angustia, pide favor, auxilio...

—¡Me hielo... me muero; favor, socorro!—exclama.

Julio le tiene siempre abrazado. En defenderse no piensa; sería inútil... ¡Les hiela el horror..., la pavora..., el frío..., la muerte!

De pronto se hunde la nieve que pisaban, y la infeliz pareja desaparece; una masa de hielo se desliza rápidamente y cubre la enorme grieta. Los lobos se precipitan viendo perder la presa; pero llegan tarde. Ya no queda nada, nada...

Sobre la nieve, nueve lobos furiosos aullan con horrible rabia...; á cuatro metros de profundidad, dos cadáveres, unidos en fraternal abrazo, descansan para siempre.

A de Beruete y Moret.

Servicios de la Guardia Civil

Desde que LA ILUSTRACION NACIONAL se fundó, el benemérito instituto la ha demostrado constantemente una especial predilección.

Correspondiendo á ese favor que tanto nos honra y tan sinceramente estimamos, abrimos hoy esta sección, en la que daremos á conocer aquellos servicios de la guardia civil que, á juicio nuestro, merezcan los honores de la publicidad, acompañados, siempre que sea posible, de los retratos de los individuos que los lleven á cabo.

Hundimiento en Cercedilla.

Hace pocos días se hundió en el citado pueblo la casa del vecino D. Manuel López Rodríguez, sepultando entre los escombros á dos niños de corta edad y á una criada que los acompañaba.

El cabo de la guardia civil de aquel puesto, Francisco Gonzalo, se personó inmediatamente en el lugar del siniestro, y auxiliado por los guardias Mariano Rincón y Justo Hernández, logró salvar de una muerte segura tanto á los niños como á la sirvienta.

Cuando estos estuvieron en salvo, el cabo Francisco Gonzalo y los dos citados guardias volvieron á penetrar en el edificio hundido, logrando, con no poca exposición, extraer algunas alhajas, metálico y otros efectos de valor que había entre los escombros.

El vecindario y autoridades de Cercedilla hacen grandes elogios de la conducta observada por la guardia benemérita, á los cuales unimos nosotros nuestra felicitación más sincera y entusiasta.

La rota de los húsares blancos

(DE R. KIPLING)

Continuación.

La banda no fué, pero los soldados entonaron el canto

El sitio en que el viejo caballo murió,

y otras canciones apropiadas á la ocasión y al objeto.



FRANCISCO GONZALO

COMANDANTE DEL PUESTO DE LA GUARDIA CIVIL DE CERCEDILLA

Cuando el cadáver fué arrojado en la fosa y brazos de flores caían sobre él hasta cubrirle completamente, el veterinario soltó un taco y dijo en voz alta:

—¡Cuerno! lo mismo es ese el caballo de los timbales que lo soy yo.

El sargento mayor (1) le preguntó si se le había perdido la cabeza en la cantina; el veterinario repuso que conocía los cascos del caballo como sus propios pies; pero guardó silencio cuando vió quemado el número del regimiento sobre aquel pobre

cuerpo rígido, envuelto completamente entre flores.

Con estas ceremonias se verificó el entierro del caballo de los timbales de plata, perteneciente á los húsares blancos, aunque el veterinario siguió refunfuñando.

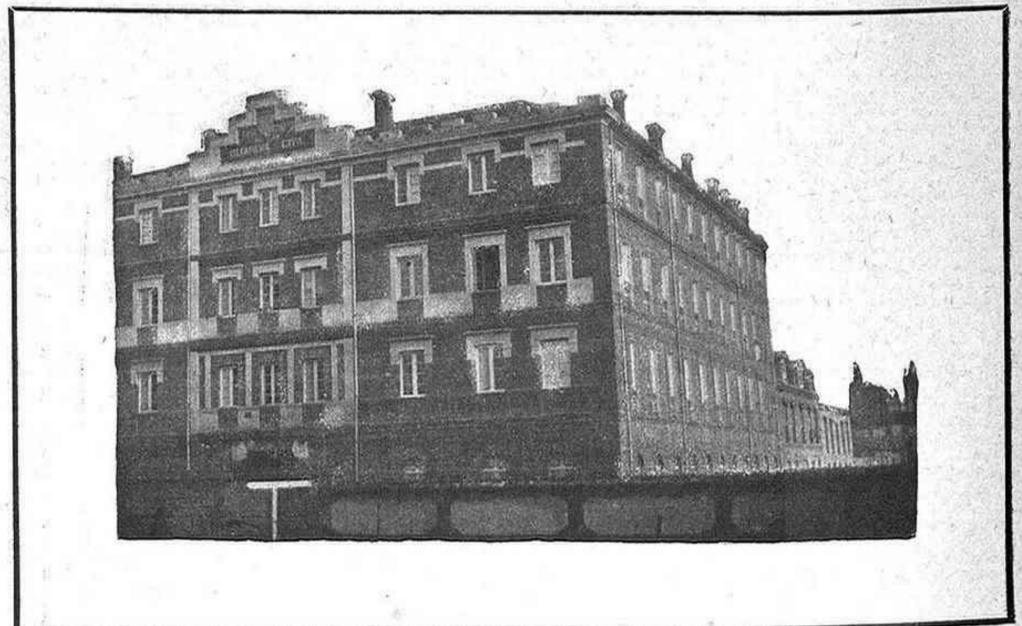
Los costales con que se había cubierto el cadáver, estaban de trecho en trecho salpicados con manchas negras, hecho en que no dejó de fijarse el digno veterinario, pero el sargento mayor le pegó un formidable puntapié en una espinilla diciéndole que estaba borracho perdido.

El lunes siguiente al día del entierro, el coronel se propuso vengarse de sus húsares. Desgraciada-

(1) Categoría intermedia entre sargento y oficial.—(N. del T.)



GUARDIAS Y FAMILIAS DEL PUESTO DE VILLAMENÍN



LEÓN.—CASA CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL